

Palacio de
Especijos

Margaret Peterson Haddix



VERSATIL
ediciones



1

En algún lugar del mundo tengo una corona guardada en un cofrecillo. No puedo llevarla porque es peligroso; ni siquiera puedo saber dónde está. Y tampoco puedo decirle a nadie quién soy en realidad.

Aunque yo lo sé; siempre lo he sabido. Tal vez porque mi niñera, Nanny Gratine, me cuchicheaba el secreto entre nana y nana cuando yo no era más que un bebé. Tal vez porque sir Stephen, que viene a verme todas las semanas desde que yo era una renacuaja, me susurraba al oído: «Eres la verdadera princesa. Nosotros te protegemos del peligro hasta que los malvados sean derrotados y podamos revelar la verdad...».

Me lo imagino arrodillado ante mi cuna, con la barba resplandeciente a la luz de las velas y su noble rostro casi completamente oculto por la capucha de su capa de tela vasta, de campesino. Así nos viene a ver siempre; disfrazado.

Yo también voy disfrazada. Creo que si no hubiera sabido la verdad desde el principio me habría costado mucho creerla. Para el resto del pueblo, no soy más que otra chica descalza que saca cubos de agua del pozo, pone la ropa a secar en los matorrales y recoge frutos, setas y hierbas del bosque. Nadie sabe que estudio por las noches; que paso las finas páginas de mis libros de latín y griego y admiro las ilustraciones doradas de reyes y rei-

nas (mis antepasados), como si eso me permitiera trasladarme a esos mundos. A veces, mientras los contemplo, casi noto los vestidos de seda rozándome los tobillos, las capas de terciopelo sobre los hombros y la corona brillante en la cabeza. Menos mal que Nanny Gratine no tiene ningún espejo en su cabaña, porque eso me obligaría a ver que nada de todo eso es real. Llevo remiendos en el vestido, un mantón agujereado y un pañuelo deshilachado para recogerme el pelo. Qué raro. ¿Qué clase de princesa lleva harapos? ¿Qué clase de reino tiene que ocultar a sus monarcas?

No sé por qué, pero desde que cumplí catorce años, me asaltan preguntas como esas, que se multiplican como chinches en un estanque. Ayer por la noche, mientras sir Stephen me marcaba la siguiente lectura del libro *Deberes y obligaciones de la realeza*, se me ocurrió una idea tan espectacular y extraña que casi me caigo del taburete.

Las palabras me brotaron de la boca antes de recordar la tercera regla del *Código real*: «Uno debe considerar sus comentarios con cuidado, puesto que la gente otorga gran importancia a cada sílaba que pronuncia un miembro de la realeza». A pesar de saber que la Gran Guerra de Zedronia comenzó por culpa de un rey que dijo: «¿Me tomáis por tonto? ¿No seréis vos el tonto?», yo solté sin pensar:

—¡Por mil pares de doblones! ¿Sois también el tutor de ella?

Sir Stephen se rascó la barbilla pensativo, lo cual hizo que le temblaran todos los rizos de su lustrosa barba.

—¿Eh? ¿Qué? —respondió, parpadeando varias veces antes de añadir finalmente—: ¿El tutor de quién?

Sir Stephen es un auténtico as de la tercera regla del *Código real*, a pesar de ser solo un caballero del rey y no un miembro de la realeza. Entonces yo misma dudé, porque siempre me cuesta pronunciar su nombre:

—De Desmia —susurré, bajando la mirada.

Desmia es la falsa princesa, la que lleva mis vestidos de gala, la que se sienta en mi trono... la que me está salvando la vida.

Sir Stephen no respondió hasta que yo reuní el valor de mirarle de nuevo a la cara.

—¿Y por qué iba a ser el profesor de Desmia? —preguntó, arqueando una de sus espesas cejas. Estaba claro que no pensaba ponérmelo fácil. Como cuando me pedía que conjugara los verbos en latín, resolviera problemas de geometría o memorizara las principales exportaciones de Xéneton.

—Porque vos sabéis cómo educar a la realeza y..

—Ella no forma parte de la realeza —me recordó sir Stephen con paciencia.

—Pero lo está fingiendo, y si tiene que dar el pego, confundir al enemigo... ¿acaso no debe tener un tutor como yo lo tengo?

No recuerdo cuándo descubrí la existencia de Desmia; supongo que fue cuando también descubrí la mía. Tal vez en la cuna. Sir Stephen me explicó: «No te preocupes porque tus enemigos nunca te encontrarán. Ni siquiera te buscarán, porque hemos colocado a una sustituta en el trono, una farsante, una impostora. Si nuestros enemigos intentan hacer daño a Desmia, lo descubriremos y pagarán por ello. Y luego podremos revelar tu existencia, y el reino se llenará de alegría al recuperar a su verdadera princesa, sana y salva...».

Cuando era más pequeña, solía imaginar la ceremonia que tenía planeada para la niña Desmia cuando el enemigo desapareciera y la verdad saliera a la luz. Solía interpretar los dos papeles en el prado donde pastaban las vacas. Me arrodillaba y actuaba con humildad cuando era Desmia, y cuando era yo misma, me ponía de pie en la valla de madera, para tener estatura real.

—Yo, princesa Cecilia Aurora Serindia Marie, proclamo ante todo el reino mi gratitud hacia la plebeya Desmia —entonaba solemnemente desde la valla.

Entonces bajaba y me arrodillaba para hacer una gran reverencia (cuidando siempre de que ni mis rodillas ni mi frente aterrizaran en un excremento de vaca).

—Oh, princesa —contestaba, fingiendo ser Desmia—. Soy yo quien debiera darte las gracias por darme la oportunidad de servir a mi reino y protegerte. Mi mayor deseo siempre fue que regresaras sana y salva a tu trono.

Volvía a subir a la valla, con mi voz de proclamación real.

—Afortunado es el monarca que goza de súbditos tan leales. En honor a tus servicios, te concedo una décima parte del tesoro real —le decía.

A veces el premio era «tierras en la costa de Calbreña» o «la mano de mi mejor caballero». Pero no sé por qué, nunca terminaba de sonar del todo bien. ¿Qué clase de premio se merecía alguien que había arriesgado su vida para salvar la mía? ¿Qué clase de premio debía concederse a alguien que ya había lucido sedas y rasos mientras yo vestía harapos, que había disfrutado de todas las exquisiteces del reino mientras yo comía potaje y gachas, que se había alojado en un castillo mientras yo

dormía en un jergón en el suelo? ¿Acaso no era premio suficiente que hubiera vivido la vida que a mí me tocaba por derecho?

Anoche, cuando le pregunté a sir Stephen si era el tutor de Desmia, finalmente negó con la cabeza y dijo:

—Pues claro que no soy el tutor de Desmia. Ella no tiene que aprender las mismas lecciones que tú.

Era una respuesta perfectamente clara; directa y al grano. Sin embargo, yo me quedé con ganas de saber más. Mucho después de que sir Stephen hubiera comenzado a enseñarme los Ocho Principios del Gobierno Monárquico, a mí se me ocurrieron más preguntas: *Entonces, ¿quién es su tutor? ¿Qué lecciones aprende ella? Y sobre todo: ¿Cuándo? ¿Cuándo haremos un intercambio de vidas? ¿Cuándo podré usar todas las tonterías que estoy aprendiendo?*

¿Cuándo empezará mi vida de verdad?